

473-474 OPUSCULO VIGÉSIMO TERCERO. SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA DE LOS PONTÍFICES ROMANOS Y LA DIVINA PROVIDENCIA.

ARGUMENTO.

Envía estas cartas al sumo pontífice Alejandro, quien regresa del convento de padres en Mantua, en las cuales le explica la razón por la cual la vida de los pontífices romanos suele ser breve y limitada. Luego se desborda en admiración por la divina providencia y bondad, de la cual han surgido y continúan surgiendo tantos beneficios para el género humano, y que todo lo ha creado por el bien del hombre, sometiéndolo a su dominio. Exhorta, por tanto, a los mortales a que, al contemplar tantas cosas creadas para ellos, den gracias inmortales a Dios, el óptimo y máximo, fuente inagotable de beneficencia; y, despreciando los placeres terrenales, se dirijan con toda la fuerza de su alma hacia los verdaderos gozos que están preparados en el cielo para quienes viven piadosa y santamente.

Al señor ALEJANDRO, obispo de la sede suprema, PEDRO, pecador y monje, en servidumbre.

Porque escucho, venerable padre, que te aproximas a las regiones vecinas, regresando del concilio de Mantua, he juzgado conveniente encontrarte con el regalo de estas cartas, que es el obsequio que más te deleita. Pero también, pronto, la dulce fama me ha impulsado a emprender el camino hacia ti. Jacob, de quien la Escritura dice que «habitaba sencillamente en las tiendas (Gén. XXV)», consideró que debía aplacar a su hermano con regalos terrenales, porque sabía que solo amaba las cosas terrenales. Yo también, que he habitado sencillamente en casa con Jacob, porque no dudo que te agradan más las cosas espirituales que las carnales, intento aplacar tu rostro con un obsequio espiritual. Aunque cuando David huía de Absalón, le fue más útil Chusai el arquita, que regresó a Jerusalén, que Itai, quien no se apartó de David en su huida (II Sam. XV). El mismo David estableció una ley en Israel, para que igual fuera la parte del que descendía al combate y del que permanecía con el equipaje (I Sam. XXX): y Moisés ayudó más poderosamente al pueblo israelita en Rafidim, mientras oraba aparentemente ocioso, que Josué, aunque armado terriblemente enfrentara a los amalecitas. Lo cual claramente atestigua la Escritura, cuando dice: «Porque cuando Moisés levantaba las manos, Israel prevalecía; pero si las bajaba un poco, Amalec prevalecía.» Pero ningún obsequio se da a alguien más adecuadamente que aquel que es exigido por el mismo que lo recibe.

[SOBRE LA BREVEDAD DE LA VIDA DE LOS PONTÍFICES ROMANOS Y LA DIVINA PROVIDENCIA.]

CAPÍTULO PRIMERO. Por qué la vida de los pontífices romanos es breve.

Ciertamente, si recuerdo correctamente, alguna vez me preguntaste con insistencia cuál me parecía que era la causa por la cual el obispo de la sede apostólica nunca vive mucho tiempo, sino que en un breve lapso de tiempo llega a su fin, de modo que después del apóstol San Pedro, quien presidió por aproximadamente cinco lustros, ninguno de los pontífices romanos ha igualado este período de pontificado; y en tiempos modernos, apenas alguno es elevado al trono de la mencionada sede que supere el límite de cuatro, o como mucho, cinco años. Lo cual, al considerarlo, provoca un asombro prodigioso, por así decirlo, ya que esta necesidad de vivir brevemente, en cuanto a nuestro conocimiento, no se encuentra en ninguna otra Iglesia del mundo. Pero en cuanto se revela a los mortales el misterio de la divina disposición, nos parece que el orden del juicio celestial dispone esto para infundir en el

género humano el temor a la muerte; y para mostrar cuán despreciable es la gloria de la vida temporal, en el mismo principado de la gloria, de modo que, mientras el principal de los hombres muere en tan corto tiempo, cada uno, tembloroso, sea incitado a la vigilancia de su propia muerte, y el árbol del género humano, al considerar que su cima y vértice han caído tan fácilmente, temblando en su estado de miedo, tiemble en todas sus ramas.

475 Pero alguien podría objetar, ¿por qué no ocurre esta misma brevedad de vida también a los reyes? Pues Octavio Augusto, bajo cuyo imperio nació el Salvador del mundo de la Virgen, y el rey David, de cuya estirpe se dignó proceder; uno floreció en el trono real por cincuenta y seis años, el otro por cuarenta años: después de los cuales, otros príncipes de ambos reinos, aunque en menor medida, no reinaron, sin embargo, con la brevísima cantidad de tiempo de los pontífices romanos. A lo cual se responde fácilmente; porque mientras un papa preside sobre todo el mundo, los reyes son limitados por las fronteras de sus respectivos reinos, ya que cualquier emperador se postra a los pies del papa, como rey de reyes y príncipe de los emperadores, superando a todos los vivientes en carne en honor y dignidad. Por lo tanto, cuando un rey muere, solo su reino queda sin administración; pero cuando muere el pontífice de la sede apostólica, el mundo entero queda huérfano, como si perdiera a su padre común. ¿Qué le importa a África los reyes de Asia, o a Etiopía los príncipes de Hesperia? Pues, ya sea que mueran o vivan, como están lejos de ellos, lo ignoran indiferentemente.

Hay también otra razón, ya que la muerte de cualquier rey no es motivo de gran terror; porque los príncipes seculares, que gobiernan sobre las multitudes populares, a menudo son asesinados por la espada. Pues, para mencionar solo algunos de muchos, Cayo Claudio, Nerón, Galba, Otón, Vitelio, todos estos emperadores fueron sucesivamente asesinados, y excepto Claudio, todos fueron muertos por sus propias espadas o por espadas hostiles. Posteriormente también, como lo relata la historia romana, Macrino, Antonino, Alejandro, Máximo, Gordiano, Decio, Galo, Volusiano: todos estos, sucediéndose en orden continuo, fueron abatidos por la espada. Por lo tanto, los príncipes seculares, al estar expuestos a diversas muertes, no afectan el corazón de los oyentes con su fallecimiento; pero la vida del papa, al estar concluida solo por la ley natural de la muerte, su paso de esta vida no se escucha sin gran temor. Además, como los príncipes terrenales están limitados por las fronteras de sus respectivos reinos, no hay razón para que su muerte se difunda por las provincias del mundo; pero el papa, al ser el único obispo universal de todas las Iglesias, cuando es privado de la luz, su muerte se difunde por los amplios reinos de la tierra. Y así como el sol, al ser el único que brilla, si sufre un eclipse, es necesario que todo el mundo incurra en tinieblas; así, cuando el papa deja esta vida, inmediatamente, al ser único en el mundo, la fama de su muerte recorre las vastas extensiones de los reinos; y es consecuente que aquellos a quienes perturba la caída de una persona tan sublime y singular, tiemblen con entrañas temblorosas ante el fin de su propia vocación. Aquí se debe notar cuánto desea Dios omnipotente que la vida del pontífice romano sea provechosa para la edificación de los hombres, cuya muerte también ha decretado que sirva para la salvación de las naciones. Con cuánto empeño debe dedicarse a la salvación de las almas mientras vive, aquel cuya muerte también está prevista para atraer las almas de los hombres hacia su Creador, de modo que, al considerarse padre del mundo, no se adormezca en la desidia de inculcar la herencia a tantos hijos.

CAPÍTULO II. Se proclaman los dones de la bondad y beneficencia divina.

Aquí es oportuno elevar un poco la mente y brevemente investigar cuánta gracia se otorga divinamente al hombre; a quien, por la institución del don divino, todos los elementos sirven, y no solo el cielo y la tierra, el aire y el agua, sino también todo lo que hay en ellos,

concurrer en la administración de la utilidad humana. En primer lugar, le sirven los cuatro elementos que hemos mencionado, porque de ellos está compuesto; luego, porque todo lo que tienen, se lo administran externamente. En la humedad de la tierra, la raíz de las hierbas y árboles se fortalece, que luego se extienden en beneficio de los hombres hasta la altura de su medida natural. La misma hierba silvestre se convierte en carne de animales; y las carnes de los animales nutren las entrañas de los hombres. Los mismos animales, mientras viven, son destinados a diversos servicios de servidumbre humana: ciertamente, para que unos sirvan de vehículo a los que los montan; otros, para arar los campos y sembrar; otros, no solo para proporcionar abundancia de leche, sino también, como sujetos a la doctrina evangélica, para dividir dos túnicas (Luc. III), mientras nos cubren con sus pieles y vellones. Pero como el compendio epistolar no nos permite detenernos en cada uno, lo que apenas podría enumerar incluso una prolijidad de libros, nos basta con aquella breve conclusión del Salmista, que dice: «Todo lo has puesto bajo sus pies, ovejas y bueyes, y también las bestias del campo; las aves del cielo y los peces del mar, que recorren las sendas del mar (Sal. VIII).»

Y esto es entre otras cosas muy admirable, ya que ni el vuelo de las aves, ni la fortaleza de los leones, ni la velocidad de los tigres, ni la enormidad de la altura de los elefantes los libra del dominio de la sujeción humana. Al león ciertamente le infunde tanto terror, que cuando emite su rugido, muchos animales que podrían escapar de su ataque con la velocidad de su carrera, se ven obligados a detenerse completamente, y a contener sus pasos atónitos y asombrados. Sin embargo, el león es capturado por el hombre, y como un débil gato es encerrado en jaulas. El tigre también, que en lengua pártica se llama flecha, se dice que en un solo curso atraviesa ochocientos estadios, y en un día entero se dice que salta de un extremo del mundo al otro (ver Escolios al final del opúsculo); sin embargo, este que corre de manera tan increíble, a veces no escapa de las trampas de los cazadores. Pero mientras los animales admirables están sujetos a las virtudes de los hombres, incluso los más pequeños o inmundos son útiles para la salud humana. ¿Qué hay más vil que el chinche? sin embargo, si una sanguijuela se adhiere a la garganta, al inhalar su humo, inmediatamente se expulsa, y la dificultad urinaria se alivia con su aplicación. ¿Qué hay también, según la ley, más inundo que el buitre? Sin embargo, en él hay tantos medicamentos como miembros (PLIN., lib. XXIX, cap. 4, 6). Ciertamente, observa al obispo de edad avanzada, que se decía que había convertido a no pocos miles de gentiles a la fe de Cristo: Este testifica que mientras pasaba por Etiopía, comió la carne de un gran dragón, al ser sofocado por el hambre, de modo que incluso literalmente parece cumplirse aquello del Salmista: «Tú quebraste la cabeza del gran dragón, y lo diste como alimento al pueblo de los etíopes (Sal. LXXIII).»

CAPÍTULO III. Se describen las variedades de los tiempos.

Pero cuando Dios omnipotente ha sometido todo al hombre, esto también es no menos admirable, que los mismos tiempos se distinguen para él con una tan hermosa variedad de cualidades: a saber, que primero el frío invernal oculta las semillas confiadas a los campos; luego la clemencia de la primavera obliga al mundo a dar a luz múltiples frutos de brotes; pronto el calor estival tuesta las cosechas; finalmente, el otoño lluvioso recoge las uvas de las vides y también las frutas hinchadas de los árboles. Pero ni siquiera el omnipotente Creador acumula los mismos frutos de los árboles o de los campos en una sola especie de montón, sino que dispensa diversas cosas en diferentes tiempos, ya sea para hacer o para comer. Pues si todas las frutas se reunieran al mismo tiempo para ser consumidas, generarían fastidio a los comensales y, consumidas simultáneamente, de la abundancia generarían escasez. Pero ahora están variadamente distribuidas en diferentes tiempos, de modo que mientras se comen unas, otras maduran, y mientras unas pasan consumidas, otras maduran y las suceden. También las cosechas, si se recogieran al mismo tiempo, agobiarían a los agricultores con trabajos

insuportables; pero al ser dispensadas en diversos momentos del tiempo, no se disminuye la abundancia de los frutos, y se aligera el trabajo de los hombres. Pues que algunas cosechas sean tardías, también lo atestigua Moisés a Faraón. Después de que el granizo golpeó Egipto: «El lino y la cebada, dice, fueron dañados, porque la cebada estaba verde, y el lino ya germinaba en vainas; pero el trigo y la espelta no fueron dañados, porque eran tardíos (Éx. V).» De los primeros frutos también dice poco después: «Por tanto, fue devorada la hierba de la tierra, y todo lo que había de frutos en los árboles, que el granizo había dejado (Éx. X).»

Por tanto, mientras los mares y los ríos, los pantanos y los estanques con innumerables especies de peces se ven obligados a servir solo al hombre; el aire con las aves y las lluvias; la tierra con el ganado y todos los brotes: sin embargo, por ahora, como si fueran pequeñas cosas, las posponemos, consideremos las mayores. Omitamos, por tanto, que la condición de este mundo está dispuesta con tal arte de moderación, que el aire y el fuego, dos elementos de género masculino, presiden; mientras que los otros dos, que son de género femenino, el agua y la tierra, se someten; y esto como en un doble matrimonio se procrea todo lo que se ve surgir de cualquier materia original. Callemos también, que toda la máquina del cielo sirve tan maravillosamente a los usos de los hombres, que se enfrenta perpetuamente en rotación contra los siete globos planetarios; de modo que mientras aquellos buscan el oriente, esta se inclina continuamente hacia el occidente. Sin embargo, los atrae consigo por la fuerza de su magnitud, y los obliga a completar sus círculos a través del zodíaco en el espacio de tiempo que se les asigna a cada uno. En esta lucha universal del mundo se descubre no un pequeño misterio de figura espiritual, si se considera cuál es la lucha en el hombre, el mundo menor. ¿Qué representa la esfera del cielo, que incluye a los planetas, sino el cuerpo humano, que contiene el alma racional? La cual, ciertamente, está contenida como por el número de siete planetas, mientras se imbuje de los mismos dones del Espíritu Santo.

¿Y qué es que la esfera se desliza hacia el ocaso, mientras que los planetas se esfuerzan concordemente hacia el oriente, sino lo que dice el Apóstol: «Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne? (Gál. V.)» ¿No se queja como si la esfera luchara contra los planetas, cuando lamenta la controversia de su carne y su alma, diciendo: «Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente? (Rom. VII.)» Y como si la esfera arrastrara tras de sí a los planetas, añadió de inmediato: «Y me lleva cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros?» Los planetas, por tanto, se esfuerzan hacia el oriente, cuando el alma racional, incitada por el impulso del Espíritu Santo, intenta regresar a Dios, a quien se sabe que es el principio de todas las cosas. La esfera, sin embargo, se desliza hacia el ocaso, cuando la carne, descuidando las cosas superiores, se inclina hacia las profundidades de los vicios. Por lo cual está escrito: «El cuerpo que se corrompe agrava el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX).»

Pero no nos permite la brevedad epistolar proseguir más sobre esto. ¿Qué diré, que la misma máquina de la esfera celestial se despliega siempre sobre sí misma, y no hacia lo exterior, de modo que en la revolución de un hemisferio suyo completa el día, y en la revolución del otro completa la noche? Y de este modo, mientras se completa una revolución de toda la esfera celestial, se cumple el número de veinticuatro horas, con las cuales se completa un día con su noche. De este modo, mientras el cielo milita para el hombre, y el día es iluminado por los rayos del sol, y la noche es adornada por la variedad de la luna y las estrellas titilantes. Pero como estas cosas se ven corporalmente, las omitimos, vayamos ahora a las mayores e invisibles.

CAPÍTULO IV. Que los ángeles recorren todo el mundo en ayuda de los hombres.

Por otra parte, quien se dedica a los elocuentes divinos no ignora que por este mundo discurre diariamente una multitud de virtudes celestiales, que nos extienden manos de ayuda en la lucha. De las cuales se dice por Daniel: «Miles de millares le servían, y decenas de millares le asistían (Dan. VII).» Porque sirven a Dios para protegernos de los ataques de los espíritus inicuos. Por lo cual también Pablo dice: «Son espíritus administradores enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación (Heb. I).» Porque la fragilidad humana no podría resistir la astucia de un enemigo tan astuto y experimentado, si la virtud angélica no repeliera sus tentaciones de los elegidos. Por lo cual a cada uno de nosotros, desde el día del bautismo hasta la muerte, se le ha asignado un ángel, que lo custodie valientemente en la tentación, y no cese de ofrecer ayuda en las buenas obras. Daríamos ejemplos, si no viéramos que son de notoria frecuencia. Aquí se debe notar, cuánta gracia se otorga a los hombres, cuánta injuria sufre Dios de los hombres; Dios asigna virtudes angélicas a la custodia humana; y el infeliz hombre, dejando la limpieza y pureza de las virtudes, se contamina con inmundicias y suciedades de los vicios. Pues se revuelca en el hedor de la lujuria exhalante y cenagosa; se mancha con las suciedades de la avaricia que se pudre; finalmente, como los ríos de Egipto, el alma homicida se convierte en sangre de odio (Éx. VII); finalmente, como si cayera en una cloaca de estiércol, se ensucia envuelta en las heces de múltiples iniquidades: este hedor y náusea de purulencia deshonesta el ángel lo soporta con gran pesar, y aunque constreñido por la ley del imperio celestial, no omite la obediencia. En la presencia de los ángeles nada es sucio, nada huele mal, excepto el vicio y el pecado. Y así nuestros delitos los horrorizan, y abominan la suciedad; como el hombre se ve obligado a escupir ante el hedor de una letrina exhalante. Por lo cual diariamente se queja ante el tribunal del eterno Juez de la maldad de su cometido; y porque sufre una grave injuria, profesa enumerando sus obscenidades. Pues si un rey poderoso quisiera asignar a cualquiera de sus príncipes la custodia de un hijo impúber: y este luego, enloquecido por la furia, se cubriera de saliva fluyente y mucosidades nasales, y se arrojara con temeridad frenética al fuego, o ciertamente se revolcara en el lodazal de un fango inmundo, ¿no pediría inmediatamente aquel devolver el depósito, y rechazar el servicio? Cuánto más, por tanto, se debe creer que aquella sublimidad angélica glorifica a Dios, el dador de todos los bienes, por la visible conversación de los santos, y condena sutilmente en su presencia los crímenes de los hombres perversos enumerándolos. A esto se añade que en el día del juicio serán testigos de las iniquidades de aquellos que, si hubieran vivido rectamente, se convertirían en sus defensores. De este modo, por tanto, se convierte en perdición para los que obran mal lo que se ha provisto para la salvación de los que viven rectamente; porque los santos ángeles, que han sido asignados como ayuda a los justos, aumentan la perdición en los reprobos. Felices, por tanto, los que viven justamente; porque mientras luchan infatigablemente contra los espíritus malignos, son fortalecidos por la ayuda de la fortaleza angélica. Añade también, que los mismos espíritus inicuos están destinados a nuestro servicio de progreso. Pues mientras somos tentados y no sucumbimos; mientras somos atacados y prevalecemos; mientras el enemigo violento nos asalta y no nos conquista, acumula para nosotros el peso de la futura retribución: y mientras nos impone el trabajo de la lucha, nos proporciona la materia de la victoria.

CAPÍTULO V. Que todo sirve al hombre, incluso el infierno.

Ecce, mientras rápidamente y velozmente repasamos todo, encontramos que todo sirve unánimemente a los usos de los hombres, a saber, el cielo, la tierra y el infierno. Aquí tal vez alguien nos acuse de presunción, si no se presenta la sentencia auténtica de la Escritura. Pero he aquí que Pablo dice a los Corintios: «Todo es vuestro, ya sea Pablo, Apolo, Cefas, este mundo, la vida, la muerte, lo presente o lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (I Cor. III).» Pero entonces todo es verdaderamente del hombre, si el mismo

hombre es verdaderamente hombre. Hay quien es hombre solo de nombre, y hay quien es hombre en realidad y verdad.

Escucha a Salomón: «El fin, dice, de hablar, todos juntos escuchemos: Teme a Dios y guarda sus mandamientos: porque esto es todo el hombre (Ecle. XII).» ¿Y quién es el fin de hablar, sino aquel de quien dice el Apóstol: «El fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente? (Rom. X.)» El fin de la ley es Cristo para justicia; porque todo lo que la ley, ya sea antigua o nueva, dice, sin duda se refiere a Él. No se dice en vano para justicia, porque la palabra de la ley divina justifica y limpia el alma de impurezas, como la Verdad dice a los discípulos: «Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado (Juan XV).» Temer a Dios es despreciar y abominar todo lo que Dios prohíbe. Guardar sus mandamientos es practicar con obras todo lo que Él ordena.

Por tanto, teme a Dios quien se esfuerza por evitar lo que Él prohíbe. Guarda sus mandamientos quien se esfuerza por cumplir lo que Él ordena. Teme, pues, a Dios y guarda sus mandamientos: porque esto es todo el hombre. Como si dijera claramente: Quien no se esfuerza por evitar lo prohibido, quien descuida cumplir los preceptos; porque carece de razón, tiene el nombre de hombre, pero no lo es; porque no usa verdaderamente la virtud del nombre por el cual es llamado. Aquel ciertamente se crea verdaderamente hombre, quien reconoce al Autor de los hombres: de lo contrario, quien ignora, será ignorado (I Cor. XIV). Pero, ¿qué es el hombre sin estas cosas?, la Escritura lo define claramente cuando dice: «Las estrellas no son puras a sus ojos (Job XXV);» cuánto más el hombre, que es podredumbre, y el hijo del hombre, que es un gusano. Por eso, incluso Abraham, cuando es elevado a la cumbre de la conversación suprema, cuando merece especialmente la gracia de la familiaridad divina, se humilla con el recuerdo de esta humildad, cuando dice: «Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gen. XVIII).»

Pues también entre los griegos se dice que se mantiene esta costumbre, que cuando alguien es creado emperador en dignidad, tan pronto como es coronado con las insignias imperiales, adornado con la gloria de la corona y el cetro, y rodeado por la obediencia de los nobles, cuando es recibido por los coros modulantes de los que cantan, alguien se le presenta, quien, con una mano, le ofrece un vaso lleno de huesos y cenizas de muertos; y en la otra, una estopa de lino finamente peinada, y suavemente desmenuzada con pelos colgantes, a la cual se le aplica fuego de inmediato, y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, es consumida por la llama voraz: para que en una cosa considere lo que es, y en la otra pueda ver lo que tiene. En las cenizas, ciertamente, se reconoce a sí mismo como ceniza, en la estopa ya recoge cómo en el día del juicio el mundo arderá rápidamente; para que, mientras considera tanto a sí mismo como a sus cosas tan vanas, tan despreciables, no se ensoberbezca por el ascenso al pináculo de la dignidad imperial; y mientras no se duda que el poseedor y la posesión están sujetos al destino común de todos, ya no se infle como si fuera de una dignidad singular, quien ha sido elevado a lo más alto.

Por tanto, el hombre considere el hermoso orden de la condición mundana, y mientras ve que todo se le atribuye para su uso, no dé gracias a sí mismo, sino a su Creador; someta la gloria engañosa del mundo bajo los pies de su juicio, crea que el verdor de la carne ya es polvo seco, ponga siempre ante sus ojos el día de su vocación como un espejo, tiemble ante el juicio estricto de la última discusión: para que, mientras ahora se somete a las leyes de su Creador, quien entre las criaturas terrenales parece ser insigne, también en la gloria celestial sea verdaderamente sublime.

SCHOLIA.

El Tigris, que en lengua parta se llama Flecha, en un solo curso recorre ochocientos estadios, y en un día entero todo el mundo, etc. Estas cosas, a menos que se tomen como hipérbole, son completamente fabulosas. En efecto, es tan rápida que hasta su tiempo nunca había sido capturada, escribió M. Varrón en el libro I De ling. Lat. Sin embargo, Plutarco testimonia que a veces es capturada en su comentario sobre la malignidad de Heródoto. Así como la velocidad de la carrera de algunos hombres suele compararse con los animales más veloces (como en II Reg. II: «Asael era un corredor muy veloz, como uno de los corzos que habitan en los bosques»), así la velocidad de esos animales, que tienen el grado más alto de velocidad, a veces se expresa por hipérbole. El cardenal santo menciona al tigre y su significado místico en la epístola 18, libro II.

Bendito sea el nombre del Señor.